

DANIELA VEGA

*Rebeldía,
resistencia,
amor*

 Planeta

DANIELA VEGA

Rebelión,
resistencia,
amor

Este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente, sin el previo permiso escrito del editor. Todos los derechos reservados.

© 2019, Daniela Vega

Derechos exclusivos de edición

© 2019, Editorial Planeta Chilena S.A.

Avda. Andrés Bello 2115, 8^{vo} piso, Providencia, Santiago de Chile

Foto de portada: Sebastián Utreras

Diseño de portada: Isabel de la Fuente

1^a edición: noviembre de 2019

Inscripción N^o: A-309407

ISBN: 978-956-360-670-6

Impreso en: Gráfhika Impresores.

*Una sola será mi lucha
Y mi triunfo;
Encontrar la palabra escondida.*

Stella Díaz Varín

El Ecuador

La memoria como medida de tiempo.

El primer instrumento de escritura es la mirada. Empecé a escribir con los ojos. Mis primeros años fueron de mucho observar. Y los siguientes y los que vendrían después, también.

Mi infancia fue una conversación jamás abandonada entre la observación y el silencio. Una conversación a puertas cerradas en que el silencio se transformó en el más agudo de los sonidos. Un sonido que llegó con la cadencia de una voz filtrada por un velo y se derramó como una niebla que oculta el horizonte, el futuro, hasta volverse una presencia habitable. Habité el silencio para escuchar. Entendí el silencio y comprendí su música. Usé esa música para transformar los ruidos. Hice del sonido un oasis y de mis ojos una superficie impregnada de los colores que habitan conmigo el mundo.

Convicción. Movimiento. Transición y vértigo.

El cuerpo contiene la respuesta, como si yo fuera la pregunta. Los colores fueron un refugio, como si yo huyera. El espacio fue la total incertidumbre de un tropiezo que se intuye y demora su llegada. Una tapia gastada por un tiempo esclavo del deseo.

La madera (como todo) no habla por sí sola, sino a través de las marcas que inscribe en ella el calendario. Como todos, termina cediendo a la insoportable belleza de la luz. La luz queda en ella como el sol en nuestra piel. Sol y luz que son memoria.

No hay cómo borrar la existencia. Oscurecerla es activar en ella su mecanismo oculto de foco luminoso. El derecho a renunciar a la norma para iluminar esos lugares no tocados por la luz. El insobornable sentimiento de prevalecer ante todo con que celebran ciertas aves, por ejemplo, la llegada del día, la retirada de la noche.

Armar un palafito sobre una grieta: insolencia que por asalto rompe estructuras para unir las luego a otras, trazadas por la tiza indeleble que clavé en mi piel. Que tatué por necesidad, por querer contar la historia. Por compartir el poema de la unidad en la multiplicidad.

De nuevo, la memoria.

El tiempo es indiferente. El cuerpo, un archivo.

Lo que hoy es debate antes fue delito. Un pecado. Un reclamo vacío. Una realidad que oscurecer. Nos privaron de muchas cosas, pero olvidaron una, fundamental: somos del tiempo, somos el tiempo, somos memoria.

Soy hija de una madre joven. Mis abuelos son también jóvenes y enérgicos. Nunca han dejado de soñar, de crear, de contar historias tejidas en el futuro que, de alguna forma, terminaron por construir.

Mi abuela Liliana es enfermera. Desde que abrí los ojos la vi trabajar, ordenar la casa, apañar a sus hijos, curar las heridas de

sus vecinos. Mi tata Enrique trabajaba en labores administrativas en la Universidad de Chile. Hoy está jubilado y ayuda a mi tía a cuidar a sus hijos, que son mis primos. Él es cumbianchero y sociable. Sus ojos celestes topacio acompañan a mi abuela. Y ella, con sus sueños y convicciones, a su viejo.

Tuvieron tres hijos. Mi madre, Sandra, la mayor. Enrique, el del medio. Y Liliana, la más chica. Mis dos tíos tienen el nombre de mis tatas. Mi madre no. Ella heredó otra cosa: el poema de una tradición que se quiebra como un florero antiguo arrojado al suelo sin querer. Fue ella quien me enseñó la particularidad. La identidad desnuda.

Mis tíos, a diferencia de mi madre, caminaron la juventud sin hijos. No pagaron, en ese momento, el peaje de la adultez prematura. Fueron padres mucho tiempo después.

Mi padre es hijo único. Mi abuela paterna era ciega, mi abuelo, ausente. Ella vivió un tiempo con nosotros. Era muy culta. Era flaca. Era altiva. Una diva con ojos de nube. Perdió la visión completamente a los veinte años, a uno de casarse con mi abuelo. Como una rata que se escabulle por el agujero de un vidrio quebrado, mi abuelo abandonó la casa cuando esa tormenta inmóvil se instaló en los ojos de mi abuela.

Me gustaba caminar por el barrio donde vivíamos, en Ñuñoa. Salía a recoger flores de los jardines y las plazas. Robarlas y después observarlas largo rato era un placer en sí mismo. Recuerdo que las usaba para adornar mi pelo. Era mi juego de princesa encubierta. Rápidamente entendí que mi corona de flores robadas era también mi mejor arma: servía para que los otros no repararan en mi fragilidad sino en mi atrevimiento. El comentario era la corona, las flores; no yo, ni el mensaje que gritaba. Un mensaje que en ese momento no sabía definir. Un mensaje de palabras escondidas.

Los recuerdos llegan amontonados, al mismo tiempo en cajitas separadas. Como una muñeca rusa donde cada una contiene las piezas de un puzle. Un puzle emocional. Un mapa sin coordenadas ni caminos demarcados, sino hecho por rutas de memoria similares a los rastros que dejan los cisnes sobre el agua. Rutas de memoria que, por primera vez, escribo para un otro. Fue en ese ir y venir de mi propio descubrimiento, en la carga de un nombre y un lugar “masculino”, que aprendí cómo moverme sin dejar rastros demasiado evidentes.

Aprendí que el cuerpo es un archivo conquistado, una conquista archivada. Entendí que el movimiento es un lenguaje y caminé sobre ese lenguaje como una equilibrista.

Me mantuve en el limbo.

En la mitad.

Vivía en el Ecuador.

Al borde de ambos sentidos, entre dos territorios.

Con ese vértigo que distingo ahora, tras desenredar la madeja.

Con el tiempo incorporé parte de esa fantasía de niña, que tejí sin cesar, como una araña frágil pero poderosa. Incansablemente. Inagotablemente. Armé y desarmé en mi cabeza estrategias de acción, sin entender lo que era una estrategia. Sin saber nada. Hoy miro hacia atrás y pienso: hice lo que pude para sobrevivir a los demás y a mí misma.

Hoy miro hacia atrás y digo: hice lo correcto.

Vengo de un largo proceso de exploración. De una adaptación física que emana desde la psiquis. De un enredado engranaje de simbolismos dentro y fuera de mi piel. Para lograr ser y parecer. Para, en forma y fondo, situarme en el espacio, en un trabajo personal e íntimo cuya recompensa tomó la forma de una palabra: prevalecer.

Me miro hoy en el espejo sin ropa.

Y sin piel.

Resistencia, rebeldía

En esta foto debo tener menos de dos años. La miro; me miro. Son los inicios de los años noventa en Chile. Pinochet está vivo, sus manos sucias de sangre, los bolsillos llenos y —con una cara de palo inconcebible— ocupa su lugar como Comandante en Jefe del Ejército, en el contexto de una democracia en que familias siguen buscando a sus hijos desaparecidos, en un ambiente que todavía huele a pólvora, bajo un cielo en que aún no se borra el rastro de los cuerpos lanzados al mar desde helicópteros.

Me veo.

Estoy en la playa, ante el océano Pacífico, en El Quisco, la costa más próxima a Santiago, donde vacacionaba mi familia y gran parte de la clase media trabajadora santiaguina. Me miro, rubia, gordita y feliz.

Nací en el Barros Luco —hospital público y con nombre de presidente— el 3 de junio de 1989, a un año del retorno de la famosa alegría que nos prometía la democracia, con sus campañas y *slogans*. Nací en invierno, seguro un día de lluvia, como siempre cuando es mi cumpleaños.

Mi país comenzaba la transición a una vida de supuesta libertad. Miro ese lugar. Escribo: TRANSICIÓN. Pronuncio en voz alta esa palabra, pensando en un país que mutaba y que dejaba el cuerpo de su memoria herido y desgarrado por la infamia y la traición.

Mi madre, Sandra, tenía diecisiete años cuando me tuvo y mi padre, Igor, veintitrés. Los veo hoy en mi recuerdo y no puedo evitar sentir infinita ternura y desamparo. Eran unos niños en ese tiempo, y me criaron con las pocas herramientas que tenían.

Fui su primer varón y el primer sobrino y nieto. A mis papás todo les costaba mucho, pero no se dejaron abatir; tenían el ímpetu de la juventud. Los recuerdo cariñosos, responsables, muy unidos.

Mi madre era dueña de casa y mi padre estudiaba matemáticas y tenía una imprenta. Era gente quitada de bulla, sencilla, casi normal. Ellos se conocieron el año 87 y a los tres meses sucedió el accidente que truncaría sus planes: yo.

La historia familiar dice que mi papá, gracias a su voz profunda, era locutor de un programa de música los fines de semana en la radio Galaxia. Un día hizo un concurso sorteando entradas para ver a Soda Stereo, la banda que causaba furor en Latinoamérica. Mi mamá, muy fanática y aún en el colegio, llamó por teléfono para concursar y salió al aire. La muy ridícula se hizo pasar por argentina para conmover a mi padre y ganar. Según él, apenas la escuchó se enamoró de su voz, y él mismo se comprometió a darle las entradas. Cuando la vio se dio cuenta de que era una colegiala... y que no era argentina. Tenían seis años de diferencia. Pololearon tres meses y la sorpresa de mi llegada medio los obligó a casarse, por todo eso de qué espanto una madre soltera y qué va a decir la gente. Ellos dicen que se

casaron enamorados, más que “apurados”, y estuvieron juntos diecisiete años.

Yo tenía un año y medio cuando nació mi hermano Nicolás.

Recuerdo nuestro departamento en un conjunto habitacional, con muchos blocks de cuatro pisos, construidos de ladrillo fiscal, ubicado en Ñuñoa, como un espacio inmenso, pero hoy, cuando paso por ahí, me doy cuenta de que era chiquito, y que mi mirada de niña me hacía sentirlo enorme. Una arquitectura moderna, muy sesentera, de cuando esas cosas se hacían relativamente bien en Chile.

Teníamos tres habitaciones: la matrimonial y otras dos que, según el ánimo de mi madre, podían ser habitaciones individuales para mí y mi hermano, o bien, una compartida y otra para almacenar cualquier cosa o dar rienda suelta a un proyecto peregrino.

Nuestro hogar cambiaba de manera constante. Mi mamá movía las cosas de lugar y redecoraba todo el tiempo. Es de esas personas que altera los espacios, los muta, está en una búsqueda permanente... Le incomoda la monotonía y es una enemiga acérrima de la rutina. Era detallista, amaba las flores frescas, las ponía en un florero al centro de la mesa. Coleccionista de cosas raras, sentía un pequeño éxtasis cuando encontraba objetos peculiares, como un reloj de arena que tuvimos por años en el living. Para mí eran cosas como sacadas de un libro de magia o de una película, por su curioso sentido de la estética, muy vintage. Como las fotos análogas que ahora miro para recordar esos años.

Vivíamos sencillamente, con nuestras necesidades cubiertas por una restringida economía familiar. Mis padres eran ordenados

con el dinero. Teníamos un departamento lindo y crecí rodeada de objetos extraños e inmersa en tratos y conductas que nunca vi en la casa de mis pares. Mi madre, por ejemplo, reciclaba y se esmeraba en tener un lugar amable.

La recuerdo moviéndose en el espacio. Mis ojos sobre ella.

Yo no tenía juguetes. Nunca me interesaron mucho. O quizás mis padres notaron temprano mi indiferencia ante los autitos, trencitos y todas esas mierdas, y comprendieron mi entusiasmo hacia los materiales para pintar o los libros ilustrados en los que pasaba horas maravillada mirando las imágenes.

Me gustaban los libros de dinosaurios, de constelaciones, de flora y fauna. Me los traía mi papá y ahora mismo podría cerrar los ojos y dibujarlos en el aire, recorrer sus páginas en mi mente. Hay uno de dinosaurios donde emergía un tiranosaurio rex con solo abrir el libro; luego un pterodáctilo abría sus alas inmensas en la página siguiente... animales de otro tiempo que se desplegaban solitarios mientras avanzaba por esas hojas de cartón. Era una tecnología simple, que ante mis ojos de niña tenían la potencia de una aparición.

Recuerdo otro: el libro de las estrellas. Era bello. Cuando lo abrías el sol se imponía en el medio de las páginas y podías ver la Vía Láctea y los planetas. Quién pensaría que un material tan tosco como el cartón puede más tarde envolver tu memoria como una seda.

Me veo sentada en el piso junto a mi cama mirando estos libros, una y otra vez, mientras mi mamá cambia el orden de los muebles escuchando música con un cigarro apretado en su boca. Mis ojos vagan suspendidos sobre ella y sus movimientos, como unos drones vigilantes que traspasan el tiempo y el espacio.

El primer libro que me marcó fue *Querida abuela, tu Susie*, que trata sobre una niña que está de vacaciones en Grecia y le escribe, sagradamente, una carta cada día a su abuela, contándole lo que vive en la isla. Tengo el recuerdo latente de esa historia, porque siento que todo lo que ella escribía se lo contaba a sí misma a propósito de su propia soledad. Quizás como esto mismo que hago ahora...

Mi madre fumaba y a mi papá nunca le gustó que lo hiciera en el departamento. El humo quedaba encerrado e impregnaba las cosas, tal como lo hace hoy en este living donde fumo mientras buceo en la memoria de mi primera infancia.

En ese entonces, con mi mamá salíamos en algún momento de la tarde a fumar a la plaza, al aire libre. Ella disfrutaba su pucho tranquila mientras con mi hermano jugábamos. Era una rutina apacible. Yo esperaba ese momento para salir y buscar flores o simplemente sentarme a observar a la gente, contar autos o distraerme en juegos imaginarios. Era una niña tranquila e introvertida; me entretenía sola, no necesitaba compañía para sentirme bien.

En esas tardes acompañando a mi mamá a fumar, quizás en un día brillante, lleno de sol —me gusta recordarlo así—, llegué a la plaza y me encontré con una niña calva, que me saludó:

—¡Hola! ¿Cómo te llamas? Bueno, yo soy Pía y estoy enferma— me lanzó de la nada.

Ese día nos hicimos amigas, hasta el día de su muerte.

Yo tenía cinco años, Pía siete.

La recuerdo con especial amor porque fue la primera amiga mujer que tuve. Recalco *mujer*, porque hay algo en la sororidad, un concepto que en ese tiempo nunca escuché y que hoy me aparece como una hermandad íntima y poderosa.

La Pía era alegre, aunque su cuerpo padecía enormes sufrimientos. Su color de piel oscilaba entre el blanco y el amarillo, y estaba cubierta de moretones producto de su enfermedad. Como si fuera poco, tenía un catéter, por lo que no podíamos jugar a nada que involucrara movimientos bruscos. Y al cabo que ni queríamos: inventábamos actividades más delicadas, como salir a robar flores y, con ellas, fabricar arreglos sobre baldes de arena, que luego les regalábamos a nuestras madres.

Un día lluvioso, cerca de mi cumpleaños, su mamá tocó la puerta y le dijo a la mía: "Me la llevo al hospital porque está muy mal".

La siguiente vez que la vi fue en un ataúd.

A pesar de ser tan pequeña, la Pía tenía plena consciencia de la muerte; la veía, la respiraba, jugaba con ella y la miraba fijamente a los ojos. Tenía un profundo y temprano conocimiento de la condición humana más básica: el tiempo que tenemos está delimitado por lo fatal y la única certeza que existe es que somos seres que se acaban.

Con sus ojos de niña, incondicional y sabia, me veía como una amiga, mientras el resto de los niños me rechazaba por ser femenina. A esa edad ya vivía el desprecio por ser rara.

Tengo una foto en la que aparezco apoyada en un sillón, levantándome una jardinera como si fuera una faldita, como queriendo mostrar un poquito de pierna, coqueta, infantilmente

femenina. La imagen es de la misma fecha en que murió Pía, quien fue mi primera defensora, con su infinita ternura. Sabiendo que no la podían tocar, se interponía ante mis agresores. Mi pequeña amiga, mi pequeña hermana, fue mi valiente armadura: todos sabían que no podían atacarme ni ofenderme si yo estaba protegida ante el bello eclipse que ella era para mí en todo momento. Así como las flores se envían mensajes telepáticos para ayudarse contra las plagas, ella creaba diques de telepatía del amor más puro, y nadie podía traspasar esa fortaleza.

Para mí es todo muy simbólico. Siento que con su muerte me enseñó que, en el fondo, tienes solo una posibilidad. Y que no existe camino de retorno.

Desde aquí y hasta aquí: esa es la vida. Y es una. Es la memoria que se construye minuto a minuto, implacable, sin segundas oportunidades para primeras impresiones.

Mi amiga Pía me aleccionó en la consciencia de la muerte y ese pensamiento jamás me abandonó: *memento mori*. Pende sobre mí, inestable y terrible, como la espada de Damocles. Pienso en la muerte. En la mía, en la de todos. Y, a veces con pavor, la vi como una oportunidad de descanso ante la vida.

No sé, pero temo a la vida como temo a las ballenas y a todos los seres marinos: tiburones, medusas, monstruos de fosas abisales. Absurdo.

El tiempo lo podemos usar como una tarjeta de crédito, con la falsa libertad de que disponemos de él. Cuando lo cierto es que no nos pertenece y, tarde o temprano, se acabará, porque la tarjeta es prestada, no es nuestra. Es del banco. Solo administramos la línea de crédito. Nada más.